

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

El futuro en el "presentismo".

maria emilia arabarco.

Cita:

maria emilia arabarco (2013). *El futuro en el "presentismo"*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/1027>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 120

Título de la Mesa Temática: La historia en perspectiva

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as:

EL FUTURO EN EL “PRESENTISMO”

Arabarco, María Emilia

*Universidad Nacional del Comahue-Conicet
emiarabarco@hotmail.com*

I.

En *Regímenes de historicidad* (2003), Hartog reflexiona en torno a la experiencia del orden del tiempo por el que estaríamos transitando. En ésta se reconoce la fuerza e imposición del presente, la experiencia de un tiempo que no puede extraer del pasado nada que lo oriente en el presente ni le permita imaginar, proyectar, el futuro.

A lo largo del siglo XX, pero sobre todo a partir de la fecha simbólica de 1989, la experiencia del tiempo trasluce, para el autor, la imposición del presente y el futuro, horizonte temporal privilegiado de la modernidad, se debilita

Sin embargo, pese a las críticas que fundamentalmente a partir de los ´50 comienzan a realizarse en torno a la noción de “progreso”, el horizonte futuro sigue ejerciendo un rol aún cuando no pueda entenderse ya en clave de “progreso”. El objetivo de este trabajo consiste en reflexionar en torno a los modos en que este régimen “presentista” se interroga por el futuro.

II. Cuestionamientos al orden moderno del tiempo

La fecha simbólica de 1989 significa para Hartog el índice de un cuestionamiento definitivo al orden moderno del tiempo. Hartog, siguiendo a Koselleck, describe la estructura temporal de los tiempos modernos como una marcada por la apertura del futuro entendido como progreso; por la aceleración del tiempo y su carácter desconocido, imprevisible al acortar los espacios de experiencia.¹ El pasado ya no logra iluminar el futuro. Las “lecciones de la historia” son reemplazadas por la exigencia de previsión y lo ejemplar cede su lugar a lo que no se repite más. El movimiento de la historia, que articulaba pasado, presente y futuro mediante la figura del “modelo” a imitar, es sustituido por un movimiento del futuro hacia el presente: el modelo esta por venir, esta por delante. El punto de vista del futuro, del futuro que rompe con el pasado, que es diferente del pasado, comanda la historia.

La caída del Muro de Berlín introduce en la experiencia contemporánea, según Hartog, un presente que se impone como horizonte temporal privilegiado. Si bien este acontecimiento es tomado como una marca, una falla en el régimen moderno, el cuestionamiento del mismo viene anticipándose sobre todo desde la década del sesenta a través de las críticas a la noción de “progreso”, e indirectamente de la mano del movimiento de la memoria y del creciente apego al patrimonio, que contribuye al ascenso del horizonte presente.

En el régimen de historicidad contemporáneo, el futuro que otorgaba inteligibilidad al presente y al pasado del régimen moderno es desplazado. El presente como horizonte temporal privilegiado, va ganando poco a poco su lugar a lo largo del siglo XX. Hasta dicho ascenso, las relaciones entre pasado, presente y futuro han estado sujetas a múltiples giros: futurismo y apuesta al porvenir, aceleración del tiempo y presentismo, presentismo y desprecio al pasado, presente hipertrofiado, presente pasado aún en el presente.²

Hartog encuentra en el siglo XX una unión entre futurismo y presentismo. Por “futurismo”, se entiende la dominación del punto de vista del futuro en un orden del tiempo que se caracteriza por la aceleración.

Hartog encuentra este futurismo principalmente en vanguardias artísticas de comienzos de siglo. El “Manifiesto Futurista” dado a conocer en 1909 por Marinetti, se presenta a si mismo como un acto de ruptura respecto

1 Hartog, F., 2007: 43; Koselleck, R., 1993: 36-37

2 Cf. Hartog, 2007: 134-140

del orden anterior y llama a liberarse del pasado, dirigiendo la mirada a un presente regido por la velocidad. El Manifiesto de los Pintores Futuristas reconoce una brecha abierta entre el pasado y el presente mediante el progreso de las ciencias y los cambios promovidos por ellas en la humanidad.

Desde estas perspectivas Hartog pretende mostrar de qué manera el futurismo puede derivar en un presentismo: la aceleración del tiempo es tal que el futuro se incorpora al presente, haciendo de este un presente “futurizado”.³

Algunas expresiones del presentismo, inspirado en corrientes vitalistas, llegan según Hartog a despreciar el pasado en nombre del arte y la vida. El autor reconoce en los títulos de los manifiestos de vanguardias artísticas de entre 1905-1925 las reivindicaciones presentistas: “simultaneísmo”, “nunismo”, “presentismus”, “instantaneísmo”, etc.⁴

Si bien en los inicios del siglo XX comanda el punto de vista del futuro, las crisis que siguen a la Primera y Segunda Guerra Mundial lo harán retroceder, dando lugar a la creciente instalación del punto de vista del presente.

Se deja entrever, ya en este contexto, el desarrollo de una crisis del porvenir que se extiende hasta la actualidad. Tras las guerras mundiales, la experiencia de crisis parecía manifestarse de dos maneras⁵.

Por un lado, una forma de reacción frente a esta crisis del porvenir recurrió a cierta reactivación de los himnos al “progreso”. En Europa la reconstrucción, la “modernización” y la planificación se aparecían como imperativos: “el radiante porvenir” socialista, el “milagro” alemán o los “treinta gloriosos” franceses, según ejemplifica Hartog. En 1946, Lucien Febvre, por ejemplo, invitaba a los lectores de la revista *Annales* a hacer historia, soltar las ruinas, “explicar el mundo al mundo”:

El mundo de ayer terminó. Terminó para siempre. Si nosotros, franceses, tenemos una posibilidad de salvarnos es comprendiendo más rápido y mejor que los otros esta evidente verdad.(...) entonces, a la tarea rápido, historiadores. Basta de discusiones. El tiempo pasa, el tiempo presiona⁶.

3 Hartog, 2007: 134

4 Hartog, 2007: 136-137

5 Hartog, 2007: 134-135

6 Febvre, L., 1992: 67-68

En las palabras de Febvre, el presente comienza a aparecerse “futurizado”: “Un hecho es cierto ya desde ahora: vivir, para nosotros y para nuestros hijos, será mañana, es hoy ya, adaptarse a un mundo perpetuamente resbaladizo”⁷

Por otro lado, la experiencia de crisis llevaría la mirada hacia la tradición en busca de respuesta a las desdichas del presente y de perspectiva futura. Las tragedias del siglo XX, dirá Hartog, producirían síntomas de “enfriamiento”⁸ en las sociedades: en este contexto surge el apego al patrimonio, la vuelta a las raíces, retorno que aspira a la supervivencia de una sociedad sumida en peligro. Este enfriamiento significaría para Hartog otra forma de expresión de una crisis del futuro.⁹

Sin embargo, es a partir de los ´50 que comienza a hacerse visible el retroceso de la invocación paradójica del “progreso”, la modernización, el futurismo, etc. El existencialismo, de la mano de Sartre –entre otros-, pondrá en duda el carácter positivo de la marcha hacia el porvenir, situando el compromiso con la acción en el presente. La evidencia del orden moderno del progreso será cuestionada por Levi Strauss (1962) a través de una defensa renovada del pensamiento salvaje en un contexto de descolonización¹⁰. Pone en cuestión el “falso evolucionismo” ínsito en la idea de progreso:

Si las diversas condiciones en que son halladas las sociedades humanas, tanto en el pasado como en tierras lejanas, son tratadas como fases o etapas en una única línea de desarrollo, empezando por el mismo punto y llevando al mismo fin, parece claro que la diversidad es solo aparente¹¹

Sin negar el hecho del progreso humano, llama la atención sobre el modo en que se lo entiende y utiliza. El progreso, dirá, no es ni continuo, ni inevitable,

7 *Ibid.*,: 63

8 Aquí Hartog recupera la distinción que hiciera Levi Strauss en 1960 entre “sociedades frías” y “calientes”, 2007: 46-48

9 Hay asimismo en *Modernidad, Pluralismo y crisis de sentido*, (1997: p.62, 85) de Berger y Luckmann, una referencia al modo en que se ha pretendido combatir las “crisis de sentido” en el siglo XX a través de la supresión de aquello considerado su causa: el “pluralismo”. El retorno al pasado de las ideologías totalitarias con pretensiones de mantener un orden de sentido omnivinculante y de restaurar esquemas interpretativos de una modernidad ya en crisis, es uno de los modos en que se ha ensayado un puente entre pasado y futuro según los autores.

10 Hartog, F., 2007: 138-139

11 Levi Strauss, C., 1952:13

sino más bien al modo de saltos en diferentes direcciones; de aquí que no considere la historia desde un punto de vista acumulativo.¹²

Asimismo, la “diversidad cultural” y las historicidades no reconocidas eran reivindicadas, dentro de otro contexto, desde la crítica a las categorías tradicionales de la historia (Lefort, 1954). Desde la antropología histórica, Sahlins (1982) afirmaba la historicidad de culturas extrañas a la “autocontemplación del pasado europeo”, buscando hacer estallar el concepto de historia¹³, etc.

II.i. El orden moderno del tiempo entre 1914-1945

En un escrito reciente titulado “El régimen moderno de historicidad puesto a prueba con las dos guerras mundiales”¹⁴ (2012), Hartog retoma los cuestionamientos al orden moderno del tiempo a lo largo del siglo XX, y en particular, tras las dos guerras mundiales. ¿Cómo atraviesa el régimen moderno el período 1914-1945, y cómo es posible conciliar, si es en absoluto posible, la visión de las ruinas, la devastación y la muerte con la idea de “progreso”? Con estas preguntas, Hartog recupera la mayoría de las críticas expuestas en *Regímenes de historicidad* a la idea de “progreso” en el siglo XX, siglo que reconoce a la vez “futurista” y “presentista”.

Sin embargo, en este caso, sigue muy de cerca los cuestionamientos, reformulaciones y alteraciones del régimen moderno en un contexto de crisis. Según comenta Hartog, antes de 1914 se trasluce la concepción del hombre “actor”, hombre que hace y se hace, hombre que hace la historia. La historia es pensada como el encuentro y la interacción entre dos actores; el hombre y el tiempo, el primero tratando de dominar el segundo, o servirse de él.

Prima en este contexto la versión más fuerte y optimista del régimen moderno. Los escritos del historiador Jean Jaurés, autor de la “Historia socialista de la Revolución Francesa”, son para Hartog confirmadores de este optimismo. Para Jaurés, el presente no es más que un momento de la humanidad en marcha. El futuro, en cambio, es lo que da sentido al pasado y al

12 Ibid., p.21-22

13 Ibid., p. 45-49

14 Hartog, F., (2012), “El régimen moderno de historicidad puesto a prueba con las dos guerras mundiales”, en *En busca del tiempo pasado*, compilado por Dra. María Inés Mudrovcic y Dra. Nora Rabotnikof (México: Siglo XXI Editores) (en prensa)

presente. “Progreso y Revolución van juntos”¹⁵: en tanto profundización y realización de la Revolución, el futuro está contenido en el pensamiento francés y dirigiéndose a una claridad todavía no alcanzada.

En el caso de Francia, la Revolución estaba detrás, porque ocurrió, y estaba por delante, para retomarla. Para algunos, dirá Hartog, su fracaso significó que hacía falta completarla para concluirla; para otros, hacia falta relanzarla para superar la fase burguesa. Para una parte, esto ofreció la ocasión para reactivar el antiguo esquema cristiano del tiempo, que marcaba el énfasis en el “ya” y el “aún no”: como el redentor, la Revolución ya vino, pero aún no se cumple del todo¹⁶.

La interpretación leninista de la Revolución introduce según Hartog un cambio en relación al tiempo. Para poder ocurrir, la Revolución debe salir del presente de un salto, bajo la acción de la vanguardia revolucionaria. Se abre con ello un tiempo diferente que promete un dominio completo del futuro. Este punto producirá para Hartog una aceleración hacia el fin del Viejo Mundo.

La primera Guerra Mundial traerá múltiples cuestionamientos a las relaciones con el tiempo. Tal como lo señala Hartog en *Regímenes de historicidad*, el primero de ellos se traduce en la pérdida de una creencia ingenua en el progreso, entendiéndose éste en términos de un progreso lineal y continuo que justificaba la civilización occidental como último escalón de la evolución de la humanidad. Las críticas a la idea de progreso fueron acompañadas por la “crisis del historicismo” precipitada por la guerra¹⁷. La historia académica, aquella fundada en el pasado y que presume de lecciones, había fracasado. Resuena aquí según Hartog la invocación de un nuevo tiempo histórico, el de una nueva conjunción entre presente y pasado que no deba renunciar a la idea de Revolución.

Asimismo, el reconocimiento de un nuevo lugar para la memoria, fuera de la historia o en una relación crítica con ella, fue expresión de otra insatisfacción respecto al tiempo moderno. La Sociología de la memoria desarrollada por Halbwachs desde 1920 a 1944, contribuiría a la crítica de un

15 Hartog, 2012: 55

16

17 Hartog refiere a la “crisis del historicismo” como un fenómeno cultural complejo, anterior a la Primera Guerra, pero precipitada por ella, en la que comienzan a cuestionarse al interior de la disciplina historiográfica el lugar del tiempo moderno, entendido como tiempo lineal y progresivo, el lugar de la memoria en su relación con la historia, y la fuerza de la idea de Revolución en la futura historiografía, entre otras cuestiones. Entre los autores en los que Hartog encuentra estos cuestionamientos se encuentran Benjamin, Valery, Bergson, Halbwachs, Febvre, Simiand, Aron, etc. Hartog, 2012: 58-61

tiempo de carácter universal y único, al sostener que toda memoria colectiva se apoya en grupos en determinados espacios y tiempos, teniendo una duración propia.

“¿Cómo rearticular las fronteras del tiempo?”, se pregunta Hartog, en un contexto en el que el corte entre pasado y presente, credo de la historia metódica, reclama nuevas articulaciones. Bloch y Febvre, según agrega Hartog, anuncian en 1929 la necesidad de luchar contra la división entre los historiadores volcados al pasado con sus métodos tradicionales y aquellos que se han lanzado al estudio de las sociedades y economías contemporáneas. Con ello juzgan necesario fomentar la circulación entre el pasado y presente, pues esto será el entendimiento de aquello que mañana será la historia. El futuro concebido como progreso queda aquí eclipsado.

Hartog encuentra asimismo reveladora la postura de Raymond Aron, cuya “Introducción a la filosofía de la historia” publicada en 1938, expone una fuerte crítica

a la “regularidad del progreso”. Encuentra en la “crisis del historicismo” la manifestación de una “sociedad sin porvenir” en la que el mito del progreso se traduce en el del “devenir”. Frente al optimismo de que el mañana será mejor que el hoy, se instala una especie de pesimismo o “fatalismo”. Sin estar regido por la idea de “progreso”, el futuro juega aquí un rol importante, aún en un sentido invertido. El orden del tiempo mantiene su fuerza en el punto de vista del futuro, por lo que dirá Hartog, tras el “fatalismo” perdura la estructura del régimen de historicidad moderno.

Luego de 1945, y en un contexto en el que se abre un “brecha” en el tiempo, según la expresión que toma Hartog de Arendt, la creencia en la Historia y en la idea de “progreso” vuelven a ser cuestionadas. Aquí Hartog reconoce en Febvre y Braudel historiadores que venían ya distanciándose del régimen de historicidad moderno. Ambos abogarían por una nueva historia que permita una apertura al futuro y no se deje “aplastar” por el pasado.

El progreso y la Historia, sin embargo, no se habrían desplazado del horizonte, sino, por el contrario, siguieron marchando a su ritmo, incluso “a todo vapor”, según la expresión de Hartog. Hiroshima aparece en la prensa francesa como “hazaña técnica”. La guerra fría y la amenaza nuclear son una de las vertientes del progreso; la otra dirá Hartog se verá en los comienzos de la sociedad de consumo. En 1968, la Revolución desaparece del horizonte,

llevándose consigo a la idea de “progreso” que le acompaña, y el futuro, según considera Hartog, retrocede finalmente con fuerza dando lugar al presente.

III. La instalación del presentismo

En *Regímenes de historicidad*, Hartog describe los '70 como una década de desilusiones: crisis económica, derrumbe de la idea revolucionaria, fin del Estado Benefactor sostenido en la idea de que el mañana será mejor que el hoy. El ascenso del desempleo masivo contribuiría considerablemente a la instalación de un presente sin posibilidad de proyección.¹⁸

Desplazado el punto de vista del futuro por el del presente, los '80 y '90 fueron sumergidos por una ola “memorialista” que se extiende, prácticamente, por todo el mundo occidental. Testimonio de ello será la renovación y museificación de centros históricos urbanos, el rol de los monumentos conmemorativos y los “lugares de memoria” (P. Nora), la ascensión del “patrimonio” a través de la Convención de 1972 de la UNESCO¹⁹, entre otras cuestiones. La confianza en el progreso quedaría definitivamente desplazada en este contexto y sería reemplazada por la preocupación por salvaguardar y preservar.

En el régimen de historicidad contemporáneo, “la imprevisibilidad del porvenir aumenta, el presente se vuelve la categoría preponderante, mientras que el pasado reciente (...) exige incesante y compulsivamente ser visitado y revisitado”²⁰.

Los discursos de la memoria junto con las prácticas conmemorativas y la centralidad del patrimonio revelan según Hartog una discontinuidad, una ruptura o pausa con respecto al pasado y al campo de de la experiencia Retomando a P.Nora, Hartog dirá, que la multiplicación de las memorias colectivas imposibles de unificar, asociada a los fenómenos de globalización, masificación, mediatización, etc., terminaría por hacer desaparecer la memoria: “ya no hay “más centros de memoria” sino “lugares” que se encuentran investidos del sentimiento residual de la continuidad”²¹.

La memoria actual dirá Hartog, es “apasionadamente archivística”, y al preocuparse por hacer memoria de todo, contribuye a la historización inmediata del presente. El rasgo característico del fenómeno conmemorativo es que el

18 Hartog, 2007: 139-140

19 Hartog, F., (2005), *Time and Heritage*, en *Museum International*, Vol. 57, No. 3.

20 Hartog, 2007:168

21 Hartog, 2007: 152

acontecimiento a conmemorar constituye, al momento en que acontece, su propia autoconmemoración. El 11 de septiembre de 2001 es el ejemplo que lleva al extremo esta lógica, instituye su propia conmemoración, al momento en que acontece, bajo la mirada de las cámaras.

El patrimonio también revelará un presente ansioso por historizarse. El patrimonio se presenta a sí mismo como una invitación a la anamnesis colectiva, al “deber de memoria”, con sus exigencias de conservación, rehabilitación y de conmemoración.

El surgimiento del patrimonio ha aumentado en gran medida en los últimos años, al punto de que llegue al límite de considerarse que todo puede ser “herencia”. Dice Hartog en “Tiempo y herencia”:

Como la “herencialización” o “museificación” siempre se acerca al presente, debió ser estipulado, por ejemplo, que ninguna obra de un arquitecto vivo podría ser legalmente considerada como un monumento histórico (...) Esto es una clara indicación del presente historizándose a sí mismo²²

El patrimonio se inscribe en un presente que pretende trazar un puente hacia el pasado, pero anticipando a su vez su significación futura. Qué destruir, qué reconstruir, qué construir, y cómo, en Berlín de 1990, según reflexiona Hartog, es una pregunta que involucra al tiempo, pero que apunta directamente al futuro.

Sin embargo, ¿de qué modo se comprende esta apelación al futuro?. El creciente interés por la conservación y protección de la herencia no revela tras de sí un futuro radiante y henchido de progreso, sino más bien un futuro imprevisible, difuso y en todo caso, bajo el aspecto de la amenaza. El pasado de hoy podría no dejar rastros al mañana.

Las nuevas tecnologías y la “revolución científica” que en un comienzo se hubieren asimilado como progreso de la humanidad, inauguran, tras la bomba lanzada sobre Hiroshima, la era de la amenaza nuclear, de los peligros de las tecnologías en sus posibilidades extremas.

IV. Consideraciones finales

22 Hartog, 2005: 12

Aún dentro de este contexto memorialista surgido en el marco de la crisis de la idea de progreso, Hartog, entrevé una forma diferente en que este nuevo orden temporal apelaría al futuro. La apelación y la pregunta por el futuro de ninguna manera se verían invalidadas por un régimen de temporalidad cuyo eje es un presente invadido de pasado.

Se abre con ello una nueva relación con el tiempo, signada por lo “lo irreparable”, “lo imprescriptible”, “lo imperdonable”, “lo incomprensible”. El pasado, de este modo, acompaña al presente y brota en su seno a través del ejercicio de la memoria que reclaman los lugares, la conmemoración y el patrimonio. Las obligaciones con respecto al pasado vienen asimismo del futuro, pero de un futuro contenido en el presente, bajo la responsabilidad de quienes hoy han de conservar el pasado aún presente.

Este contexto indica fuertemente que bajo este orden del tiempo opera una concepción del futuro bajo la figura de lo amenazante, que habría de fomentar y justificar el apego al patrimonio. Sin embargo, el deber de la preservación parece mostrar más que una predilección por la historización o un mero recurso en tiempos de crisis.

Resulta interesante la perspectiva de Raymond Aron que Hartog retoma en el capítulo antes mencionado. Reflexionando sobre el “fatalismo” o “pesimismo” que subyace a la experiencia de la “crisis del historicismo” propulsada por la Primera Guerra, Hartog sigue considerando que el horizonte rector del orden del tiempo sigue siendo el futuro. El orden moderno del tiempo mantiene su estructura, y la fuerza del futuro permanece, aún si la idea de “progreso” tambalea.

La instalación del presentismo habría sido propiciada por los cuestionamientos a la idea de “progreso”. Pero, ¿pierde por ello relevancia el horizonte futuro en el orden del tiempo que atravesamos?. Un presente que mira hacia atrás y hacia delante sin salir de sí mismo, muestra que el futuro tiene relevancia aún si no puede ser entendido como “progreso”, aún desde la desfiguración o la ausencia.

La centralidad del patrimonio y la conmemoración en el contexto de un orden “presentista” del tiempo no deja de lado la pregunta por el vínculo entre pasado y futuro. Más bien, la promueve, señalando su discontinuidad. Sin embargo, el “doble endeudamiento” del presente, según la expresión de Hartog, que vincula a pasado y futuro a través del deber de memoria en todas sus

prácticas, la preservación, la responsabilidad y la precaución, no permite al parecer pensar el futuro bajo otro aspecto que no sea el de catástrofe. Sólo vincula al futuro con un pasado que ha señalado, con bastante efectividad, que:

el patrimonio universal está cada vez más amenazado de ser destruido, no solamente por las causas tradicionales de la degradación, sino incluso por la evolución de la vida social y económica que las agrava con fenómenos de alteración o de destrucción aún más terribles²³.

Dirá Hartog, que del mismo modo que el testamento al indicar al heredero lo que es legítimamente suyo, “asigna un pasado al porvenir”, también asigna un “porvenir” al pasado. El problema pareciera ser que el pasado heredado sólo revele la visión de un futuro, que aunque imprevisible, no se muestre en tanto diferente al pasado sino, a lo sumo, potencialmente más peligroso que el. A mi parecer, el énfasis en torno a la conservación del patrimonio, la preservación, y la memoria en todas sus prácticas es asimismo expresión de un “fatalismo”, que contribuye al encierro en el presente, pero que por la misma razón resulta clave en un contexto presentista. El peso del presente en el régimen de historicidad contemporáneo, no desplaza, según creo, el horizonte futuro sino, por el contrario, demuestra su fuerza desde un lugar diferente al del progreso, y su capacidad de modificar las relaciones que el presente establece con respecto al pasado y al porvenir.

Bibliografía

- Febvre, L., (1992), *Combates por la historia*, (Barcelona: Ariel)
- Hartog, F., (2005), *Time and Heritage*, en *Museum International*, Vol. 57, No. 3.
- Hartog, F., (2007), *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, (México: Universidad Iberoamericana)
- Hartog, F., (2012), “El régimen moderno de historicidad puesto a prueba con las dos guerras mundiales”, en *En busca del tiempo pasado*, compilado por Dra. María Inés Mudrovcic y Dra. Nora Rabotnikof (México: Siglo XXI Editores) (en prensa)
- Levi Strauss, C., (1952), *Race and history. The race question in modern science*, (Paris: UNESCO)

<http://interescuclashistoria.org/>

23 Hartog, 2007: 218